

# HECHOS ACERCA DE LOS OSOS

Por *Lucille Clemenson*

LA FAMILIA Lester estaba realizando un viaje en un fin de semana largo. Ese sería el último viaje del año en que acamparían, porque después comenzarían las clases. Alan y Bruce saltaron al automóvil y llamaron impacientes:

-¡Vengan, mamá, papá!

Cuando la madre se hubo sentado, volviéndose a los muchachos les advirtió:

---Muchachos, hay una cosa que quiero que recuerden durante todo el tiempo que estemos de viaje. Me refiero a la importancia de obedecer. Cuando papá y yo pedimos que hagan algo, o dejen de hacerlo, tenemos una razón, y esperamos obediencia. Pero me preocupa que Uds. a veces no obedecen.

Los muchachos se miraron, y Bruce tomó la palabra:

-Trataremos de obedecer siempre, mamá. No queremos ser desobedientes.

-Y Alan asintió con un movimiento de cabeza.

-El que Uds. obedezcan o desobedezcan puede significar la diferencia entre salir ilesos de una situación o recibir un gran daño -explicó el papá. Y por el tono de su voz los muchachos se dieron cuenta de que les hablaba en serio.

Después de andar durante un buen tiempo, finalmente llegaron a la entrada del parque. El papá pagó la entrada, y pronto se hallaban viajando por las montañas, en la carretera ancha y lisa del hermoso parque. Alan fue el primero en ver una caída de agua que bajaba de la montaña. Luego Bruce vio otra y Alan otra más; Entonces los muchachos comenzaron a jugar a quién veía más caídas de agua. Algunas eran verdaderas cataratas, otras parecían cintitas de plata.

Mientras los muchachos estaban entretenidos con ese juego, la madre notó que allá adelante, en el camino, había algo diferente.

-Yo veo -comenzó a decir- algo que no es una catarata.

-¿Dónde? ¿Dónde? ¿Qué es? -preguntaron los muchachos. En eso Alan también vio ese "algo", y siguió el juego:

-Es grande y es negro. Es un...

- ¡Un oso negro! -exclamó Bruce-. ¡Detente, papá! ¡Detente!

El papá aplicó inmediatamente los frenos. El oso, que estaba del lado opuesto del camino, se dirigió hacia el automóvil.

Cuando el vehículo se detuvo, él también lo hizo. Entonces, levantando la cabeza, olfateó el aire y luego cruzó lentamente la carretera hasta llegar donde ellos estaban. Bruce se quedó aterrado cuando lo vio tan cerca del automóvil. El oso se sentó sobre sus patas traseras, y se quedó mirando a los muchachos.

-Es un mendigo profesional -explicó el papá-. Los turistas lo alimentan, y él cree que todo el mundo le debe algo.

Mirando a su alrededor, Bruce encontró en el asiento de atrás una bolsita en la cual todavía quedaban algunos maníes de los que él y Alan habían comido a la hora del almuerzo. Bruce comenzó a bajar la ventanilla del coche.

-¡Un momento, Bruce! El oso parece un cliente muy amigable, pero uno nunca sabe exactamente lo que va a hacer. Si se le ocurre dar un zarpazo puede dejarte muy maltrecho. No les des de comer a los osos - le advirtió claramente el padre.

- ¡Ahí viene otro oso! -anunció la mamá y Alan se dio vuelta para mirar por la ventanilla del lado del camino por donde había aparecido el otro oso.

Todos, menos Bruce, miraban ahora al oso que venía del bosque hacia ellos. En cambio Bruce, fascinado por el primer oso, bajó un poquito la ventanilla y metió por la pequeña abertura un maní que



rodó hasta el camino. El oso lo levantó con su zarpa y se lo llevó a la boca.

Bruce se rió por lo bajo. La mamá lo oyó y pensó que Bruce estaba observando el oso que acababa de llegar, pero lo que él estaba haciendo era pasando un maní tras otro por la abertura, hasta que se terminaron todos los que había en la bolsa. Cuando dejaron de caer maníes al suelo, el oso se paró de manos y apoyó las patas delanteras contra la ventanilla, para pedir más. Cuando Bruce notó que metía la zarpa por la pequeña abertura que había en la ventanilla, gritó alarmado:

-¡Papá!

El papá se dio vuelta para ver qué pasaba y, vio a un muchacho muy asustado acurrucado en el asiento de atrás. Luego oyó el ruido áspero de algo que raspaba contra la carrocería, mientras el oso dejaba resbalar sus patas delanteras hasta que llegaron al suelo. Cuando estuvo de nuevo en sus cuatro patas, se alejó lentamente por la carretera.

Cuando el oso se perdió de vista y su compañero también se hubo ido, el papá abrió la puerta del automóvil y miró el lugar donde aquél había apoyado sus patas delanteras. La pintura del auto nuevo había desaparecido en una serie de rayas verticales que se extendían desde la ventanilla hasta abajo. Bruce estaba a punto de echarse a llorar. El papá miró sus labios temblorosos y tomándolo de la mano le dijo:

-Ven aquí, hijo, y mira el automóvil.

Bruce se paró junto a su padre y miró las raspaduras que tenía el coche.

-Lo siento mucho, papá.

-Yo también lo siento, no sólo por las raspaduras tan feas que tiene ahora el automóvil nuevo, sino porque tú no obedeciste. Si la ventana hubiera estado un poquito más abierta, ese animal podría haberte lastimado mucho. Espero que esta haya sido una lección para ti.

El papá y Bruce entraron nuevamente en el automóvil y la familia continuó en silencio el viaje hasta el lugar donde habían planeado acampar. Desde ese día en adelante, cada vez que Bruce subía al coche o bajaba de él, recordaba su desobediencia, porque aquellas rayas verticales quedaron allí durante todo el otoño y el invierno. Felizmente, cuando llegó la primavera, el papá decidió vender el auto. Pero Bruce jamás se olvidó de aquella lección.